

## **Revista *Latido***

Daniel Ulanovsky Sack

¿Cómo empezó *Latido*? Puedo contar dos versiones y ambas son ciertas. La fáctica se sitúa una tarde —de invierno, creo— en un bar de la Plaza Guadalupe; ahí esboqué el espíritu de la revista y sus primeros números. Sé que en una carpeta perdida debo tener el papel con anotaciones, garabateado (...andá a encontrarlo) pero me sorprende recordar que el tono y el abordaje no sufrieron grandes cambios; estaba claro qué buscaba, su impronta, su voluntad de crear un clima de diálogo y de honestidad con el lector. La idea, casi obsesión, de compartir un café a través de sus páginas. Sin embargo, esta mirada resulta algo engañosa. La idea se consolidó en el bar, cierto, pero no, no fue rápido. La versión histórica, en ese sentido, quizás se intuya más acertada: *Latido* nació de una crisis.

Todo había empezado varias décadas atrás. Cuando terminaba el colegio secundario sabía que lo mío era el periodismo. De chico —a los 9 o 10 años— había sido mi género preferido y recuerdo devorar todas las mañanas la sección de policiales y las crónicas de la guerra de Vietnam, aunque sin entender el trasfondo político que había detrás. Ya a los 16 o 17 seguía sintiendo lo mismo, pero en plena dictadura la carrera ni estaba de moda, como sucedió años después, ni era bien vista. Recuerdo una profesora que me decía: “Ulanovsky, estudie algo serio”.

Rodeado de esas dudas, tuve un golpe de suerte. La Universidad de Rosario, donde vivía, acababa de reabrir el ingreso a su Licenciatura en Comunicación Social, después de haberlo tenido cerrado durante los primeros años del gobierno militar. Vengo de una familia en la que ir a la universidad no parecía una opción sino un destino y ser licenciado me ayudaba a cumplirlo así el título no brillara por su prestigio. Pero a la carrera, de pésimo nivel en ese entonces, le reconozco un mérito: me introdujo en el mundo y en los códigos del periodismo desde muy joven. A los 19 trabajé en un diario, a los 20 en una radio y después de unos posgrados afuera comencé una larga carrera en *Clarín*.

Tengo buenos recuerdos de esos años, no me quejo. Con el tiempo me especialicé en entrevistas de análisis, de ideas, de tendencias, de opinión. Iba más allá de la noticia caliente.

Supe con el tiempo que no había temas autónomos de sus protagonistas, que me tocaba enlazar lo propio de ese hombre o de esa mujer con su objeto del deseo técnico o académico. Lo disfrutaba, pero con el tiempo ingresé en una etapa abúlica. Necesitaba algo más. Trabajaba como comunicador y sin embargo no lograba un espacio para establecer un clima de “vos a vos” con el lector, no sólo brindarle información sino incorporarlo a mi construcción del mundo, a mis (y sus) dudas y certezas.

Todos fuimos víctimas de una concepción del periodismo que privilegiaba lo extraordinario frente a lo cotidiano y la “objetividad” de la voz del narrador: el periodista estaría entrenado para evaluar la realidad tal como es sin dejarse contaminar por su forma particular de sentir, de vivenciar la información, de pensarla. Inicé un proceso: me convencí de que la comunicación mediática necesitaba más subjetividad. Una mirada transparente, pero propia.

A mediados de los noventa, tres años antes de la publicación de *Latido*, tuve la oportunidad de frenar un poco con el día a día del oficio. Me “retiré” para hacer una fellowship para periodistas en Harvard, en la Nieman Foundation. Dicen que si uno deja la redacción en medio de su carrera —así sea en forma temporaria, casi un año en mi caso— es porque alguna crisis se avecina. Y sí, quería un cambio, pero no terminaba de entender cuál. En Harvard ponían toda la Universidad a nuestra disposición, pero me entusiasmé con algo impensado. Los periodistas, después de años de gastar el teclado, creemos que ya sabemos escribir, si eso significa algo. O no, pero no nos preocupamos demasiado si nuestros textos se intuyen claros y se comprenden. ¿Talleres de escritura? Quizás ahora no parezca extraño, pero pertenezco a una generación en que la redacción periodística parecía obedecer reglas rígidas e inamovibles (y aún conozco muchos que las defienden).

En breve, me entusiasmé demasiado con un curso de redacción creativa que dictaba una escritora sudafricana, Rose Moss. Quizás por su pasado —mujer blanca, judía convertida al catolicismo, luchadora contra el apartheid cuando nadie hablaba de ello— sabía que no había noticia sin contexto, sin historias de los protagonistas. Escribí, escribí mucho ese año. Sobre mí. Sobre mis circunstancias. Sobre el mundo. Y una cosa llevó a la otra. Amores y resquemores se unían para ir de lo pequeño y mínimo a lo vasto, a lo macro. Entendí que el

medio de comunicación también podía ser un amigo, no sólo una institución que prestara servicio.

De regreso en la Argentina, armé el rompecabezas de ideas de mil maneras durante un par de años. Nunca terminaba de sentirme conforme. Una noche tuve una intuición mientras trabajaba en el diario. Era aún el clima de redacciones caóticas, ruidosas, estresadas, pero en las que los arrebatos se tranquilizaban después del cierre. Y ahí comenzaban las charlas entre los compañeros —algunos amigos—, eventuales cenas en bodegones, literales confesiones de medianoche. Me di cuenta de que esos encuentros post-noticia generaban más entusiasmo que los debates sobre las coberturas en desarrollo. Sentí que había encontrado una clave de la revista que aún no tenía nombre: necesitábamos un periodismo de lo íntimo, de lo que somos y no de lo que hacemos. Un medio que no hable de lo que pasa sino de los que *nos* pasa. Integrar nuestra cultura de época con las ilusiones, pasiones y fantasmas que cada uno potencia. Recrear el clima del espacio compartido para hablar de lo que nos traba y de lo que nos permite volar.

Había que hacerlo en ese tono dialógico y confesional. Dialógico porque el periodismo moderno tiene un pecado de nacimiento: es inequitativo. Un emisor escribe -o habla- a millones de personas del público. Ese desfase, amparado en una realidad tecnológica, no permitía un discurso poroso, pregnante. Se requería un modelo diferente. Y la primera persona -lo confesional- ayudaba. El autor ya no hablaría de los otros como un antropólogo que estudia a una población a la que no pertenece, sino que sería protagonista del texto. Así daríamos forma al tono Latido: un microclima en el que se comparte lo que habitualmente se silencia con la idea de generar eco en el otro, un otro cercano, casi con nombre y apellido.

Íbamos a hablar del mundo privado: sabíamos que había mucho para develar puertas adentro. Si existía una historia sobre lo cotidiano y lo íntimo, ¿cómo no habría un periodismo? Esa pregunta me quitó el sueño algunas noches hasta que el café en Plaza Guadalupe produjo su *insight* y esbocé los primeros números de la revista. Manos a la obra. Conté con un grupo de periodistas y escritores que se animaron a desnudarse conmigo. Desde Alan Pauls a María Moreno. Desde Leila Guerriero a Héctor Tizón. Marta Dillon. Raquel Garzón. Marcelo Birmajer. José Pablo Feinmann. Manuel Vicent. Pablo De Santis. Elena Poniatowska, Luis Gruss. Lucas Guagnini. Patricia Kolesnicov. Ezequiel Fernández Moores. Leopoldo Brizuela. Analía Roffo.

Sandra Russo. Reynaldo Sietecase. Antonio Skármeta. Guillermo Cabrera Infante. Daniel Link. Carlos Gamerro. Gabriela Liffschitz. Gabriela Cabezón. Pedro Mairal. Más alguna colaboración de Sandra Mihanovich o de Antonio Birabent. Y de tantos más. Habrá habido textos buenos, mejores y supremos, pero todos los autores —y tengo a ellos un agradecimiento infinito— se atrevieron a romper el estilo clásico para explorar su yo. El periodismo dejó de ser el otro —y lo genérico y la lejanía— y empezó a tener una mirada inclusiva.

*Latido* se publicó casi tres años, 33 números. Mentiría si dijera que la experiencia estaba acabada. Pero en algo la revista no pudo diferenciarse: sufrió las mismas crisis que todos los argentinos y la debacle de 2002 pudo más. No hay pena, hay alegría de haberlo logrado ese tiempo en un país que obliga a remar a contracorriente. Es bastante.

Con *Latido* no sólo intentamos un estilo intimista. Desde el inicio supimos que la experiencia, para marcar camino, debía exceder la lectura. Los textos eran imprescindibles, pero no suficientes. Queríamos generar un clima propio, un ecosistema. Por eso las fotos de autor, un diseño que sorprendía pero que no jugaba a ser más inteligente que el lector, una calidad de impresión que acariciaba. *Latido* se traducía en una experiencia: invitaba a sumergirse en sus palabras y apostaba a dejar huellas. Esa es la lectura y el periodismo que importan: los que no pasan desapercibidos. Los que duelen y emocionan. Los que te hacen ver la otra cara de la luna. Si no toda, al menos un poquito. Con eso, ya alcanza.

Ciudad de Buenos Aires, julio de 2021

#### Cómo citar

Ulanovsky Sack, Daniel, "Presentación de *Latido*", *Ahira. Archivo Histórico de Revistas Argentinas*, <https://ahira.com.ar/revistas/latido/>, Ciudad de Buenos Aires, julio de 2021. ISSN 2618-3439